

## Jesús Sánchez Ruipérez, *in memoriam*

Queridos compañeros del CES, queridos familiares, queridos asistentes:

Hace algunas semanas un periódico salmantino publicaba un perfil biográfico de un ilustre profesor universitario ya desaparecido, que ejerció fuera de nuestra ciudad, entre cuyas virtudes señalaba que frecuentó las tertulias, fue gran orador y conferenciante y un «asiduo visitante de la famosa librería Cervantes de la ciudad charra», detalle ese último que me llamó la atención —por lo inhabitual en los rasgos de un perfil—, me hizo reflexionar, me gustó y decidí inmediatamente incorporarlo a una nota profesional que por esos mismos días me pidieron para una mesa redonda en la que había de participar. Si Borges estaba orgulloso no de los libros que había escrito sino de los que había leído, yo ensancho ese orgullo al de haber sido asiduo visitante de la librería Cervantes y los libros que allí compré. Es de honor reconocerlo entre lo bueno que uno ha hecho en la vida.

La presidenta de nuestro Centro de Estudios Salmantinos me ha ofrecido la oportunidad de glosar en este acto la persona, la figura y la memoria de nuestro desaparecido compañero Jesús Sánchez Ruipérez, lo que no ha dejado de ser un apuro y un honor al mismo tiempo, que le perdono y le agradezco, también al mismo tiempo.

Para esta glosa, en términos habituales, hubiera sido preciso que yo hubiera sido coetáneo suyo más tiempo del que pude serlo o bien disponer de un relato biográfico de su puño y letra de molde, o tal vez que alguna circunstancia ciudadana —por ejemplo, algún merecido premio o distinción local que por desgracia y extrañeza nunca sucedió— lo hubiera propiciado. Qué sé yo, que alguna mano anónima lo hubiera incorporado a la Wikipedia, como a tantos sin mejor mérito. Pero no.

Tampoco me hubiera sentido cómodo, he de decirlo —y tampoco él, si me oye, allá donde esté—, dejando aquí una mera cronología con fechas y datos. Prefiero, pues —lo digo ya—, divagar por el Jesús trino que yo conocí, que en buena medida probablemente sea el mismo que ustedes conocieron. Y digo Jesús, a secas, porque dudo de que nadie le mencionara por sus apellidos, por otra parte, tan conocidos.

Hay un Jesús primero para mí que es el impresor, ahí en el Rondín de Sancti Spiritus, donde estaba la imprenta en la que tanto aprendí en mis primeros años de formación como editor. Quizá no sea su ángulo más conocido, pero para mí estuvo lleno de luz. No sé la de conversaciones que habremos tenido cuando nos topábamos allí y se interesaba por lo que llevaba entre manos, se sentaba a mi lado, a veces con el abrigo verde arremangado, y empezaba a preguntar, a dar datos, pistas, consejos, a contar anécdotas y experiencias, a ponerme la mano en el hombro y el dedo en la interlínea para enseñarme un oficio que aprendí a la vieja usanza, fijándome en los maestros como él, siguiendo la senda que él había hollado. Hice muchos libros allí, que más que talleres eran una escuela para los pocos que entonces queríamos aprender cómo se hacían los libros.

Decir que Jesús era un amante incontenible de los libros es una perogrullada sabida por todos. De aquella imprenta salieron cientos o miles de títulos, no lo sé bien, que no siempre eran salmantinos: venían también de otros lares y allí vi hacer libros de provincias y lugares remotos que buscaban el buen hacer de sus tipógrafos y maquinistas.

Los que somos de aquí sin duda lo que guardamos en la memoria con más presencia es el derroche con el que se entregaba a dar a la luz libros de contenido salmantino de nueva planta, reediciones, rescates de obras perdidas, reproducciones facsimilares primorosas, por puro capricho del lector empedernido que era y por su infinito amor a Salamanca, desde la reedición de la *Historia de Salamanca* de Villar y Macías hasta la novelita sobre el castillo de Montemayor del Río de un oscuro periodista bejarano del siglo XIX, al que es más que posible que tan solo él y yo hubiéramos leído con anterioridad. Todo le interesaba y por todo apostaba, sin pensar en el negocio, sino en su empeño salmantino.

Otros recordarán —y acaso tendrán en casa, como yo— aquellos libritos no venales de literatura clásica o historia del libro, impresos muchos de ellos casualmente en Salamanca, que durante muchos años se nos regalaban a los compradores en las ferias del libro en muchos lugares de España, libros que patrocinaba CEGAL, el gremio nacional de librerías, en el que Jesús tuvo peso y responsabilidad junto a su amigo Valeriano, de la librería Estudio de Santander, tan referente en la capital cántabra como fue Cervantes en la salmantina.

Lope de Vega había escrito una comedia por encargo de la Universidad de Salamanca que se tituló *La limpieza no manchada* que se representó en 1618 en las Escuelas Mayores, sin saber el Fénix ni el propio

Estudio que en ese momento se cumplían 400 años con exactitud de su fundación. Propuse y mis compañeros en la Oficina del VIII Centenario aceptaron volver a hacer una edición de aquella comedia, pero no a partir de la impresión original, sino de la primorosa que Jesús había hecho en su imprenta con la ayuda del profesor y miembro de este Centro de Estudios Luis Cortés en 1972, con motivo del Año Internacional del Libro. La hicimos tal cual él la había diseñado y mandado componer cuando todavía se trabajaba con tipografía, no con estos cacharros que llaman ordenadores. Le pusimos un estuche negro y la dimos a conocer en un acto público Enrique Cabero y yo, haciendo hincapié en que era la recuperación de un patrimonio de la Universidad, pero también un homenaje al propio Jesús, todavía vivo entonces, aunque sin poder asistir al acto, y a su labor de impresor y editor. Obtuvo luego un Premio Nacional al Libro Mejor Editado del Ministerio de Cultura, que fue mérito que no cabía otorgar más que a Jesús y un homenaje tardío, pero justo.

Vamos con el segundo Jesús, por el que la mayoría le tenía: el librero. Había nacido en Peñaranda de Bracamonte en 1928 en el seno de una familia vinculada a la cultura y la información. Su bisabuelo fue fundador del periódico local *La Voz de Peñaranda*, que luego pasó a su abuelo y más tarde a su padre, Germán Sánchez Almeida.

La Guerra Civil se cebó con esa familia del bando perdedor, con encarcelamientos, fusilamientos y exilios. Durante la contienda y los primeros años de la posguerra Jesús fue criado por sus abuelos maternos, junto a sus hermanos y primos. Su negocio familiar entonces era una librería en la plaza Mayor de Peñaranda, hoy plaza de la Constitución. Con 11 años, en septiembre de 1940, Jesús se vio obligado a dejar los estudios e incorporarse al negocio.

Dos años después, en octubre de 1942, su padre cogió el traspaso en Salamanca de la librería Cervantes de Evaristo Viñuela, entonces ya ubicada en la calle Azafranal 11, en el local que luego todos hemos conocido como papelería.

Asentado el negocio, en 1958 su padre construyó lo que con pompa y literalidad se llamó “el edificio dedicado al libro”, con cuatro plantas y sótano, inaugurado en 1960. Un año después, con 33 años, tras el fallecimiento de su padre, Jesús se puso al frente del negocio, con la ayuda de sus hermanas Celia y Rosa. Y desde ese momento y hasta hace apenas diez minutos, como quien dice, la librería Cervantes ha formado parte de nuestras vidas como un zafiro en nuestro dedo anular: se sabe que había quien venía de fuera a encontrar en sus estantes lo que ningún otro librero de España tenía habilidad para dar con ello; había quien tenía cuenta abierta aunque vivía en el mismísimo Nueva York; no lo viví, pero me han contado que tenía su propia rebotica donde se surtía a los buenos clientes de libros prohibidos que venían de fuera del país en tiempos oscuros; bajé siendo estudiante al sótano donde el mago Merlín que era Alonso disponía de todo tipo de drogas inimaginables para un *verbófago* como yo. En fin, subir y bajar aquellas cuatro plantas con sótano en medio de tanto gentío siempre, pararse en la sección de cómics, o subir al único lugar de Salamanca donde existían aquellos cartapacios, o esa columna donde estaban los libros en francés, por no decir el anaquel, frente a los mostradores de la planta de calle, donde estaba completa como en ninguna otra parte la colección Austral... Por allí pasaron premios Nobel y Cervantes, pero sobre todo hemos pasado miles de estudiantes y profesores, miles de profesionales y miles de lectores salmantinos que hemos tenido un privilegio que —ya digo— conviene incorporar a nuestros currículos vitales.

La librería se amplió en 1989 con un nuevo local dedicado a las Humanidades en la plaza de Santa Eulalia, que luego se mudó a la misma calle Azafranal donde estaba la matriz, pero más adelante. Todo ello cerró el 15 de febrero de 2015.

Ya apunté que Jesús para mí había sido trino. El tercer Jesús se me apareció también cuando yo era joven e indocumentado, con aquellos libros que veía en el escaparate con cubierta de foto a sangre en blanco y negro y rótulos en rojo almagre que tenían que ver siempre con cosas de Salamanca y que llamaban poderosamente la atención. Como yo era indocumentado e ingenuo y no sabía más allá de mi recorrido diario entre el palacio de Anaya y mi casa, di en pensar que aquellos libros que ocasionalmente compraba —si tenían que ver con Béjar, ese entonces industrial arrabal de Candelario— y otros que se me hacían agua en los ojos, y que solo veía en el escaparate de la librería Cervantes, me dio en pensar, digo, que eran un alterónimo del propio Jesús, esto es, que el Centro de Estudios Salmantinos y Jesús Sánchez Ruipérez eran la misma cosa, eran el mismo, uno y otro eran un Jano bifronte o bizco. Tardé años en sacar los pies del barro y descubrir que eran ardides de un librero astuto o generoso, según la voluntad del que mire. Aunque yo creía que eran lo mismo, eran cosas distintas, al cabo. Me costó deslindarlo. Jesús entró como miembro de este nuestro Centro de Estudios Salmantinos en 1975 e imprimió durante muchos años sus libros.

En el año 2008, la Confederación de Gremios de Libreros de España entregó su más emblemático premio, el denominado «Boixareu Ginesta», a Jesús. Con tal motivo escribí un artículo en un periódico salmantino del que quiero recuperar su parte final, que decía así:

«Al día siguiente de que a Jesús Sánchez Ruipérez le concedieran el premio “Boixareu Ginesta” en Barcelona, ambos volvimos a coincidir al pie de esa escalera de caracol de su librería que forma parte del imaginario de saber salmantino. Allí estaba otra vez, como cada día, como si no hubiera pasado nada. La víspera le habían concedido el premio más importante que puede recibir un librero en nuestro país, el reconocimiento a toda una vida, el Goya de los libreros, el Príncipe de Asturias de los libreros (por no decir el Cervantes y jugar a la redundancia), el premio que solo han recibido unos pocos porque es difícil llegar tan alto. Como si no hubiera pasado nada: se tomó el tiempo justo de ir a recoger el galardón, agradecerlo, meterlo en la maleta y volver al mostrador. A sus libros. A atender a sus empleados y sus clientes. A seguir, como un león, oteando el horizonte a sus 79 años.

»En Barcelona le rodeamos un nutrido grupo de familiares, colegas y amigos, desde las máximas autoridades del sector editorial hasta los impresores, distribuidores, bibliotecarios y editores salmantinos que habíamos acudido a la cita. Sin duda, los que mejor le entendemos y apreciamos en esta ciudad. Mientras leía sus cuartillas y los demás escuchábamos, me pareció oír, fuera de la sala, el rumor de miles de tapas de libros que entrechocaban entre sí, como en un aplauso agradecido a quien tanto ha hecho por ellos. No le pregunté al día siguiente, al pie de la escalera de caracol, si él también lo oyó. Me imagino que sí».

En la página de agradecimientos de la biografía de Unamuno que hicieron Colette y Jean-Claude Rabaté, el mero y azaroso orden alfabético me hizo ver que mi nombre y el de Jesús estaban el uno al lado del otro, ambos Sánchez, emparejados con el mismo cuerpo de letra, como si ambos tuviéramos el mismo tamaño o incluso fuéramos primos, lo que me ruborizó, pero me hinchó el pecho.

Jesús falleció el pasado 18 de octubre de 2021. Tenía 93 años.  
Descanse en paz.

José Antonio Sánchez Paso